

Hace menos de doscientos años desde el descubrimiento del último continente. Las ciencias de la química y la física se remontan apenas a un siglo. La ciencia de la aviación se remonta a cuarenta años. La ciencia de la atómica está naciendo. Y, sin embargo, creemos que sabemos mucho. En realidad, sabemos poco o nada.

Algunas de las cosas más sorprendentes son desconocidas para nosotros. Cuando se descubren, pueden impactarnos hasta los huesos. Buscamos secretos en las lejanas Islas del Pacífico y entre los campos del gélido Norte mientras bajo nuestras propias narices, codeándose cada día con nosotros, puede andar lo desconocido. Es un hecho curioso de la naturaleza que aquello que está a simple vista suele ser lo que mejor está escondido.

Siempre he sabido del hombre de la capa negra. Desde que era niño ha vivido en mi calle, y sus excentricidades son tan familiares que no se mencionan excepto entre los visitantes ocasionales. Aquí, en el corazón de la ciudad más grande del mundo, en la bulliciosa Nueva York, lo excéntrico y lo extraño pueden florecer sin obstáculos.

Cuando éramos niños, nos divertíamos mucho burlándonos del hombre de negro cuando mostraba su miedo a las mujeres. Vigilábamos, a nuestra manera malévola e infantil, esos momentos; tratábamos de hacer que mostrara ira. Pero nos ignoró por completo, y pronto no le prestamos más atención, al igual que nuestros padres. Lo veíamos sólo dos veces al día. Una vez temprano en la mañana, cuando su figura de seis pies salía del sucio y oscuro pasillo de la vivienda al final de la calle, y cuando regresaba por la noche. Iba siempre vestido con una larga capa negra que le llegaba a los tobillos y llevaba un sombrero negro de ala ancha que le cubría la cara.

Era un espectáculo de una extraña historia de viejas tierras, pero lo cierto es que nunca dañó a nadie. Tampoco prestaba atención a nadie; excepto, quizás, a las mujeres. Cuando una mujer se cruzaba en su camino, se detenía en seco. Podíamos ver que cerraba los ojos hasta que ella pasaba de largo. Entonces abría de golpe esos grandes y acuosos ojos azules y seguía caminando como si nada hubiera pasado.

Nunca se supo que hablara con una mujer.

Compraba algunos comestibles, tal vez una vez a la semana, en lo de Antonio, pero solo cuando no había otros clientes. Antonio dijo una vez que nunca hablaba, solo señalaba las cosas que quería y las pagaba con billetes que sacaba de un bolsillo debajo de su capa. A Antonio no le caía bien, pero nunca tuvo ningún problema con él.

Ahora que lo pienso, nadie nunca tuvo ningún problema con él.

Nos acostumbramos a él. Crecimos en la calle; lo veíamos de vez en cuando llegaba a casa y volvía al pasillo oscuro del departamento donde vivía.

Nunca tuvo visitas, nunca habló con nadie.

Una vez, recuerdo, construyó algo de metal en su habitación. Había arrastrado unas largas láminas planas de metal, de estaño o hierro, y durante varios días se oyeron muchos martillazos y golpes en su habitación. Pero pronto todo eso se detuvo y nadie pensó demasiado en el asunto.

No sé dónde trabajaba y nunca lo supe. Tenía dinero, porque tenía fama de pagar el alquiler con regularidad cuando el conserje se lo pedía.

Bueno, gente así habita en las grandes ciudades y nadie conoce la historia de sus vidas hasta que se acaban. O hasta que algo extraño sucede.

Crecí, fui a la universidad, estudié.

Finalmente conseguí un trabajo como asistente del curador de un museo. Pasé mis días montando escarabajos y clasificando exhibiciones de animales disecados y plantas preservadas, y cientos y cientos de insectos de todas partes.

La naturaleza es una cosa extraña, aprendí. Eso lo aprendes muy rápido cuando trabajas en un museo, te das cuenta de cómo la naturaleza utiliza el arte del camuflaje. Hay insectos ramita que se ven exactamente como una hoja o una rama de un árbol. Exactamente.

La naturaleza es extraña y perfecta de esa manera. Hay una polilla en América Central que parece una avispa. Incluso tiene un aguijón falso hecho de pelo, que retuerce y riza como el aguijón de una avispa. Tiene los mismos colores y, aunque su cuerpo es suave y no blindado como el de una avispa, tiene un color que parece brillante y blindado. Incluso vuela de día cuando lo hacen las avispas, y no de noche como las demás polillas. Se mueve como una avispa. De algún modo sabe que no tiene miel y que sólo puede sobrevivir fingiendo ser tan letal para otros insectos como lo son las avispas.

Aprendí sobre las hormigas guerreras y sus extraños imitadores.

Las hormigas armadas viajan en enormes columnas de miles y cientos de miles. Se mueven a lo largo de una corriente que fluye de varios metros de ancho y acarician todo lo que encuentran en su camino. Todo en la selva les tiene miedo. Avispas, serpientes, otras hormigas, pájaros, lagartijas, escarabajos, incluso los hombres huyen

o son devorados.

Pero en medio de las hormigas guerreras también viajan muchas otras criaturas, criaturas que no son hormigas en absoluto, y que las hormigas guerreras matarían si las descubrieran. Pero no saben de ellas porque estas otras criaturas están disfrazadas. Algunas son escarabajos que parecen hormigas. Tienen marcas falsas como tórax de hormigas y corren imitando la velocidad de las hormigas. ¡Incluso hay uno que es tan largo que parece tres hormigas en una sola fila! Se mueve tan rápido que las hormigas reales nunca le dan una segunda mirada.

Hay orugas débiles que parecen escarabajos acorazados. Hay todo tipo de cosas que parecen animales peligrosos, porque estos no tienen enemigos. Las hormigas guerreras y las avispas, los tiburones, el halcón y los felinos. Así que hay una gran cantidad de cosas débiles que intentan esconderse entre ellos, para imitarlos.

Y el hombre es el mayor asesino, el mayor cazador de todos. Todo el mundo de la naturaleza conoce al hombre como el amo irresistible. El rugido de su arma, la astucia de su trampa, la fuerza y agilidad de su brazo colocan todo lo demás debajo de él.

¿Debe entonces el hombre ser tratado por la naturaleza de manera diferente a los otros animales dominantes, como las hormigas guerreras y las avispas?

Fue, como suele ser el caso, pura suerte que me encontrara en la calle a la hora del amanecer cuando el conserje salió corriendo de la vivienda de mi calle pidiendo ayuda a gritos. Había estado trabajando toda la noche montando nuevas exhibiciones.

El policía de ronda y yo fuimos los únicos que molestaron al conserje al ver la cosa que encontramos en las dos sucias habitaciones ocupadas por el extraño de la capa negra.

El conserje explicó, mientras el oficial y yo subíamos corriendo las estrechas y desvencijadas escaleras, que lo había despertado el sonido de fuertes golpes y gritos estridentes. Había salido al pasillo a escuchar.

Cuando llegamos, el lugar estaba en silencio. Una luz tenue brillaba debajo de la puerta. El policía llamó, no hubo respuesta. Puso su oído en la puerta y yo también.

Oímos un ligero susurro, un susurro lento y continuo como el de un papel que sopla la brisa.

El policía llamó de nuevo, pero tampoco no hubo respuesta.

Entonces, juntos, arrojamos nuestro peso a la puerta. Dos fuertes golpes y la vieja cerradura podrida cedió. Irrumpimos.

La habitación estaba sucia, el piso estaba cubierto de pedazos de papel roto, detritus y basura. La habitación no estaba amueblada, lo que me pareció extraño.

En una esquina había una caja de metal, de unos cuatro pies cuadrados. Una caja hermética, unida con tornillos. Tenía una tapa, que se abría en la parte superior (estaba hacia abajo) y se sujetaba con una especie de sello de cera.

El extraño de la capa negra yacía en el suelo, muerto.

Todavía llevaba la capa. El gran sombrero holgado estaba tirado en el suelo a cierta distancia. Del interior de la caja procedía un leve crujido.

Le dimos la vuelta al extraño, le quitamos la capa. Durante varios instantes no vimos nada malo y luego, gradualmente —horriblemente— nos dimos cuenta de algunas cosas que estaban mal.

Su cabello era castaño, corto y rizado. Se erizó en su longitud de una pulgada de largo. Sus ojos estaban abiertos y mirando. Lo primero que noté fue que no tenía cejas, sólo una curiosa línea oscura en la carne sobre cada ojo.

Fue entonces cuando me di cuenta de que no tenía nariz. Pero nadie lo había notado antes. Su piel estaba extrañamente moteada. Donde debería haber estado la nariz, había sombras oscuras que parecían una nariz. Como el trabajo de un artista hábil en una pintura.

Su boca era como debería ser y estaba ligeramente abierta, pero no tenía dientes. Su cabeza estaba encajada sobre un cuello delgado.

El traje era... bueno, no era un traje. Era parte de él. Era su cuerpo.

Lo que pensábamos que era un abrigo era una enorme funda de ala negra, como la que tiene un escarabajo. Tenía un tórax como un insecto, solo que la vaina del ala lo cubría y no podías notarlo cuando usaba la capa. El cuerpo sobresalía por debajo, reduciéndose a las dos patas traseras largas y delgadas. Sus brazos salían por debajo de la parte superior del abrigo. Tenía un pequeño par de brazos secundarios, cruzados con fuerza sobre su pecho. Había un agujero redondo y afilado recién perforado en su pecho, justo encima de estos brazos, todavía rezumando un líquido acuoso.

El conserje huyó balbuceando. El oficial estaba pálido pero cumpliendo con su deber. Lo escuché murmurar por lo bajo un torrente interminable de Avemarías, una y otra vez.

El tórax inferior, el «abdomen», era muy largo y parecido a un insecto. Ahora estaba arrugado como los restos del fuselaje de un avión. Recordé el aspecto de una avispa

hembra que acababa de poner huevos, su tórax había tenido esa apariencia vacía.

La vista fue un shock. La mente lo rechaza, y es sólo en el último momento que uno puede sentir el tenue estremecimiento del horror.

El susurro aún procedía de la caja. Le hice señas al policía de cara blanca, nos acercamos y nos paramos frente a ella. Tomó su bastón y tiró el sello de cera. Luego tiramos y abrimos la tapa.

Una ola de vapor nocivo nos asaltó. Retrocedimos tambaleándonos cuando de repente una corriente de cosas voladoras salió disparada del enorme contenedor de hierro. La ventana estaba abierta y volaron directamente hacia el primer resplandor del amanecer.

Debe haber habido docenas de ellos. Tenían unas dos o tres pulgadas de largo y volaban sobre anchas alas diáfanas de escarabajo. Parecían hombrecitos, extrañamente aterradores mientras volaban, vestidos con sus trajes negros, con sus rostros inexpresivos y sus ojos azules llorosos. Volaron con alas transparentes que salían de debajo de sus negros abrigos de escarabajo.

Corrí hacia la ventana, fascinado, casi hipnotizado. El horror no había llegado a mi mente de inmediato. Después tuve espasmos de terror al pensar en todo eso y tratar de unir las piezas. Todo el asunto fue tan completamente inesperado...

Sabíamos de las hormigas guerreras y sus imitadores, pero nunca se nos ocurrió que nosotros también éramos una especie de hormigas guerreras. Sabíamos de los insectos palo y nunca se nos ocurrió que pudiera haber otros que se disfrazan para engañar, no a otros animales, sino al mismo animal supremo, el hombre.

Luego encontramos algunos huesos en el fondo de esa caja de hierro, pero no pudimos identificarlos. Quizás no nos esforzamos mucho. Podrían haber sido humanos.

Supongo que el extraño de la capa negra no temía tanto a las mujeres como desconfiaba de ellas. Las mujeres notan a los hombres, quizás, más que otros hombres. Las mujeres podrían sospechar antes de la inhumanidad, del engaño. Y entonces, tal vez, podría haber habido alguna reacción instintiva. El extraño estaba disfrazado de hombre, pero su sexo seguramente era femenino. Las cosas en la caja eran sus crías.

Pero es la otra cosa que vi, cuando corrí hacia la ventana, lo que más me ha sacudido. El policía no lo vio. Nadie más lo vio excepto yo, y yo solo por un instante.

La naturaleza practica engaños en todos los ángulos. La evolución creará un ser para cualquier nicho que se pueda encontrar, por improbable que sea.

Cuando me acerqué a la ventana, vi la pequeña nube de cosas voladoras que se elevaban hacia el cielo y navegaban hacia la distancia púrpura. Estaba amaneciendo y los primeros rayos del sol caían sobre los techos de las casas.

Conmocionado, desvié la mirada de esa habitación de vecindad del cuarto piso sobre los techos de los edificios más bajos. Chimeneas, paredes y tendederos vacíos formaban el escenario sobre el que pasaba la diminuta masa de horror.

Y luego vi una chimenea, a menos de diez metros de distancia en el siguiente techo. Era achaparrada, de ladrillo rojo, y tenía dos extremos de tubos negros al ras de la parte superior. La vi vibrar de repente, de forma extraña. Su superficie de ladrillo rojo parecía despegarse, y las aberturas de las tuberías negras se volvieron repentinamente blancas.

Vi dos grandes ojos mirando al cielo.

Una gran cosa con alas planas se desprendió silenciosamente de la superficie de la chimenea real y salió disparada tras la nube de cosas voladoras.

Observé hasta que todas se perdieron en el cielo.